

DIETRICH VON HILDEBRAND, *Mi lucha contra Hitler*.

---

(Traducción de Gloria Esteban)

Rialp, Madrid 2016, pp. 440

ISBN: 978-84-321-4616-9

Es sorprendente e inmensamente alentador encontrarse, en tiempos como los nuestros, con el testimonio de Dietrich von Hildebrand, quien fue capaz de reconocer y denunciar la intrínseca maldad del régimen totalitario al que tuvo que hacer frente en su propia vida: el nacionalsocialismo. Y lo hizo en un momento en el que la ideología de este régimen se encontraba fuertemente enraizada en el espíritu de la época, debido a la “ceguera”, pasividad y aquiescencia de la mayor parte de sus contemporáneos. En estas páginas encontramos no solo una valiosa narración histórica, por medio de la cual recorreremos algunos de los acontecimientos más relevantes sucedidos en el período de entreguerras, sino, lo que es aún más valioso, una visión privilegiada sobre el significado e implicaciones de esos acontecimientos y, sobre todo, una conducta ejemplar llevada a cabo frente a ellos. Hildebrand decidió ser testigo de la verdad y luchar por ella, fuera cual fuera el coste que eso implicara.

Hildebrand, autor de estas memorias, puede enmarcarse dentro de la fenomenología realista, pero también ha sido considerado un filósofo personalista –como puede constatarse a lo largo de esta obra–. Fue un eminente filósofo que contribuyó con numerosas y relevantes aportaciones al desarrollo de la filosofía en muchos de sus ámbitos, especialmente el de la ética. Desafortunadamente, a pesar de la vigencia de su obra, sigue siendo un gran desconocido. Pero no solo su pensamiento, sino también su persona, están aún hoy por descubrir. Y esta obra tiene, precisamente, la virtud de mostrar y aunar ambas facetas, pues nos descubre tanto su lucidez intelectual como su gran personalidad. En ella vemos cómo los principales conceptos de su filosofía –como la primacía de la respuesta al valor sobre la respuesta a lo solo subjetivamente satisfactorio o, incluso, al bien objetivo para la persona– cobran vida en cada una de sus páginas.

Sin embargo, no es necesario conocer su filosofía para quedar cautivado por esta obra, pues su fuerza reside en el valiente testimonio de Hildebrand, quien trata continuamente de desenmascarar el mal enraizado en el nacionalsocialismo (su antisemitismo, materialismo biológico, mi-

litarismo, colectivismo y totalitarismo) y hacerlo visible, dando respuesta a la que era la gran exigencia de su época. Tampoco es necesario conocer las numerosas personas y acontecimientos históricos que van saliendo a colación. Resulta accesible para todo el mundo y esto hace que el lector difícilmente pueda permanecer indiferente. Son también de gran ayuda, a este respecto, pequeños pasajes de transición aclaratorios que se han incorporado a lo largo de las memorias, así como las introducciones a los artículos.

La obra se compone fundamentalmente de dos partes. La primera de ellas recoge las memorias de Hildebrand entre los años 1921 y 1937 centrándose, especialmente, en el año 1933 y posteriores; que suponen los años cruciales de su lucha contra el nacionalsocialismo. El conjunto de sus memorias –más de 5.000 folios escritos a mano– las redactó el propio Hildebrand a petición de su mujer, Alice von Hildebrand, con la intención de darle a conocer gran parte de su vida que ella se había perdido. Por tanto, para ella fueron escritas y no para el público en general. Sin embargo, gracias a esta inmensa tarea que él realizó, que no puede considerarse sino como una preciosa muestra de amor, tenemos un acceso privilegiado, de carácter íntimo, a este gran hombre. A ella debemos la obra *Alma de león* (Palabra, Madrid 2002), una biografía sobre su marido que escribió basándose en estas memorias y que constituye un magnífico complemento para quien quiera seguir profundizando en la vida de este filósofo que quiso ser un “soldado intelectual contra el nazismo” (p. 132) y contra toda forma de antipersonalismo.

La presente edición en español es una traducción de la publicación inglesa *My Battle Against Hitler. Faith, truth, and Defiance in the Shadow of the Third Reich* (Image, Nueva York 2014). Gran parte de estos textos de las memorias fueron ya publicados en alemán (*Memoiren und Aufsätze gegen Nationalsozialismus*, Maguncia, Matthias-Grünewald-Verlag, 1994), acompañados de una tercera parte de los ensayos de Hildebrand en *Der Christliche Ständestaat*. Pero esta edición incorpora también material inédito: por un lado, pasajes extraídos del manuscrito de las memorias –que se incorporan a estas– y, por otro, notas y borradores no publicados de Hildebrand, así como una carta de su sobrino Braunfels, que ayudan a reconstruir sus últimos momentos en Viena tras la invasión nazi. Reconstrucción que se recoge en el capítulo final de la primera parte titulado “La huida de Viena”. También se incorporan tres breves capítulos introductorios que tratan de acercarnos a su figura. Primeramente, incidiendo en los motivos que le llevaron a salir de Alemania y, posteriormente, destacando, a través de episodios de su infancia y juventud, cualidades del autor –como su capacidad para no dejarse influenciar

por su entorno, su reverencia o su profunda personalidad religiosa–, y actitudes intelectuales –como el antirreduccionismo y el personalismo–, que nos ayudan a entender cómo fue capaz de reconocer la esencia del nazismo y de fundamentar su crítica.

Pero es en el transcurso de las memorias donde encontramos la narración en primera persona sobre las razones que le llevaron a abandonar Alemania en 1933, así como los muchos avatares de esos años, de los que solo vamos a presentar alguno. Así nos dice: “¡Prefería ser un pordiosero libre a verme obligado a ceder en contra de mi conciencia!” (p. 77). Pues, a pesar de que eso le llevaba a una situación de total incertidumbre –abandonó Alemania con 150 marcos–, sabía que era la única forma de llevar a cabo la vocación personal a la que se sentía llamado: denunciar al nazismo y tratar de liberar a Alemania y al mundo entero de su veneno sin transigir con el régimen y sin guardar silencio ante sus crímenes. Aunque en ese momento no lo sabía, esa decisión lo llevaría a Viena para fundar una revista de resistencia intelectual al nazismo.

Su dirección al frente de la revista y sus contribuciones en ella, sumado a sus continuas muestras de total oposición al nacionalismo desde 1921, terminó por afianzarlo como una figura especialmente incómoda para el Tercer Reich. De hecho, en el año 1937, Franz von Papen (embajador nazi en Austria) afirmó que “En Austria el mayor obstáculo para el nacionalsocialismo es ese maldito Hildebrand [...], no hay nadie que haga más daño que él” (p. 295). Lo que le valió no solo ser objeto de un intento de asesinato –finalmente no llevado a cabo–, sino también encabezar la lista de detenciones en el momento de la invasión de Austria; de la que pudo escaparse, por horas, como en tantas otras huidas del régimen nazi.

Sin embargo, no alcanzaremos el corazón de este hombre si no comprendemos la radicalidad con la que vivió su fe. Alentado por la convicción de estar haciendo lo correcto de cara a Dios, no dudó en denunciar la total incompatibilidad entre el cristianismo y el nazismo. Vemos en sus palabras el profundo dolor que le suponía la transigencia y neutralidad –cuando no apoyo– de los católicos con el nacionalsocialismo. No obstante, insistía en que lo decisivo para juzgar un movimiento o partido no era si cohabitaba o no pacíficamente con la Iglesia (lo que tuvo engañados a muchos de sus contemporáneos), sino discernir cuál es el espíritu que lo anima, cuáles son sus principios fundamentales, así como sus manifestaciones externas –entre ellas, los crímenes cometidos a sus órdenes–. Pues, como él mismo afirma, “A Dios se le ofende igual si la víctima del crimen es un judío, un socialista o un obispo. La sangre inocente clama al cielo” (p. 115). Por ello Hildebrand insistía en que el antisemi-

tismo –poniendo en juego la dignidad del hombre y en tanto que algo injusto– concierne a todo hombre; al igual que cuando el Estado pone en juego las convicciones fundamentales sobre el significado de la existencia, o cuando trata de traspasar su esfera de competencia legítima.

La segunda parte de la obra está compuesta por catorce ensayos que nos dan a conocer la voz del propio Hildebrand dirigiéndose a sus contemporáneos en los años que recogen las memorias. Doce de estos artículos pertenecen a la revista que fundó en Viena, *Der Christliche Ständestaat* (“El estado corporativo cristiano”), que supuso el principal instrumento del que se sirvió para enfrentarse al nazismo y luchar por la independencia de Austria. Suponen, así, un complemento excepcional a las memorias en las que encontramos los pilares de su argumentación en contra del nacionalsocialismo. La orientación de la revista era “la lucha contra el antipersonalismo y el totalitarismo desde una postura cristiana” (p. 156), lo que implicaba que su lucha contra el nazismo corría pareja con la lucha contra cualquier forma de totalitarismo, ya fuera fascista o comunista.

Por su especial interés para los lectores de *Quién*, queremos señalar algunas de las tesis fundamentales desarrolladas en estos ensayos. En el artículo “Ceterum Censeo...!” el autor centra su crítica al nazismo en consideraciones antipersonalistas que le son esenciales. Así, por ejemplo, la negación de la naturaleza espiritual del hombre, de la primacía de la esfera espiritual de la persona sobre la esfera vital, de la naturaleza humana y de la comunidad de la humanidad, o su defensa de la omnipotencia del Estado. Por lo que expone, en “Falsos frentes”, el occidente cristiano –en un sentido cultural e intelectual amplio–, constituye la verdadera antítesis tanto del nazismo como del comunismo. Pues se caracteriza, además de por el respeto profundo a la verdad y el reconocimiento de una ley moral objetiva, por la defensa de la primacía de la esfera espiritual sobre la vital y de la dignidad de la persona humana. Pero una defensa conforme a la persona en su verdadero ser y valor y, por tanto, de un verdadero personalismo, que reconoce la inmortalidad del alma, la libertad del hombre y su capacidad para llevar a cabo respuestas significativas e intencionales.

Todo ello resulta de vital importancia para el orden social si queremos reinstaurar una verdadera comunidad pues, como nos dice en “La batalla por la persona”: “no entender la auténtica comunidad nace de no reconocer la verdadera esencia y valor de la persona espiritual. Toda forma de antipersonalismo desemboca necesariamente en la sustitución de la verdadera comunidad por la masa” (p. 411). Solo redescubriendo

la auténtica esencia de la persona espiritual será posible esa verdadera comunidad tan anhelada entonces, como ahora, en “la noche del antipersonalismo” (p. 414) que se extiende hasta nuestros días.

No obstante, en estos artículos –que son también una muestra excelente de sus principales tesis en el marco de la filosofía política– la traducción elegida para algunos términos dificulta su comprensión. Mencionamos solo algunos debido a su relevancia en el pensamiento de Hildebrand: los términos *meaningful* y *meaningfully* han sido reiteradamente traducidos como “importante” e “importantemente” en vez de por “significativo” y ‘significativamente’. Por ejemplo: “actos importantemente motivados tales como conocer, querer y amar” (p. 405); “ser importantemente consciente” (p. 408); “capacidad de llevar a cabo actos importantes” (p. 408). Otro ejemplo sería el término *intentional*, que ha sido traducido como “deliberado” (p. 390) en vez de como “intencional”; o *marriage*, que ha sido traducido como “fusión” (pp. 406 y 410).

Otro aspecto negativo de esta edición es que no se han integrado en ella las fotografías que acompañaban la edición inglesa, tanto de Hildebrand y de otras personas presentes en las memorias, como de algunos documentos de especial interés.

A pesar de ello se trata, sin lugar a dudas, de una lectura más que recomendable, pues el valiente testimonio de Hildebrand resulta profético e inspirador en nuestros días –especialmente, si somos capaces de discernir cuáles son las exigencias del momento que nos ha tocado vivir y cuál el totalitarismo que hemos de enfrentar–; constituye una firme advertencia para todas las conciencias adormecidas pero, también, una fuente de esperanza para todo aquel que busque defender la dignidad del hombre y los valores de nuestra civilización.

ALICIA RODRIGO